

FARÁNDULA

CAST

QUINIENTOS AÑOS DE IMAGINERÍA FESTIVA DE GIRONA

Gigantes, dragones y águilas son el elemento más vistoso del cortejo que formaba el consistorio gerundense en sus apariciones públicas. Una comitiva colmada de estandartes, insignias, uniformes y un numeroso acompañamiento musical, que pretendía hacer visible la preponderancia del poder municipal.

Ámbito 1

Imaginería omnipresente

El origen de las figuras que integran la imaginería festiva es desconocido. Son elementos, que con carga simbólica o como simples ornamentos, son presentes de forma reiterada en arquitecturas, decoraciones marginales, emblemas, estandartes, y en la iconografía religiosa. También son las protagonistas de relatos mitológicos, fábulas, cuentos y leyendas populares.

No podemos determinar cuál es su simbolismo primigenio. Cada generación ha revestido esta imaginería de lecturas distintas y complementarias, dotándola de un rico pósito simbólico e integrándola en el imaginario colectivo.

Ámbito 2

Fiestas con cortejo

El Corpus es el embrión de la fiesta mayor moderna, cuyo acto principal era la procesión, en la que participaban todos los estamentos de la ciudad, debidamente organizados y jerarquizados. Esta fórmula de éxito sirvió de modelo para todo tipo de fiestas públicas: victorias militares, votos religiosos, celebraciones vinculadas a la monarquía y otras festividades que requerían de la presencia del cortejo consistorial.

En este marco, en 1513 aparecieron documentados por primera vez un gigante, un águila y un dragón, siempre de lado con las autoridades municipales, un acompañamiento que a lo largo de cinco siglos se ha venido ampliando y transformando con la aparición de la giganta, el dragolí, la mulassa, el león, los caballitos y las distintas comparsas de cabezudos.

El águila

El águila ha ocupado siempre un lugar preferente dentro del cortejo municipal y ha gozado de un prestigio que no ha poseído el resto de la imaginería. Su función principal era danzar en distintos lugares de la ciudad. Con el tiempo, el águila se erigió en símbolo del consistorio y de toda la ciudad.

Este carácter preeminente envolvió el águila de distintas creencias según las cuales sólo las ciudades disponían de un águila, cuya construcción requería la concesión de un privilegio real, o que su baile era el máximo honor que se podía hacer a un visitante ilustre. Supuestos que no se pueden acreditar documentalmente.

Las banderas

Las banderas son un componente indispensable del cortejo. Precediendo las banderas de la ciudad y de la vejería, el consistorio se hacía acompañar de los estandartes de los gremios locales. El lugar que ocupaban en el desfile respondía a un orden jerárquico, estrechamente ligado a la consideración y el prestigio social del colectivo que representaban. Esta disposición, no exenta de conflictos y tensiones, convertía el cortejo municipal en un reflejo fiel de la organización de la vida ciudadana.

Los cabezudos

En comparación con el resto de la imaginería, los cabezudos son un elemento relativamente reciente. Se añadieron al cortejo festivo en el año 1868 con una finalidad burlesca, exentos de la carga simbólica de las otras figuras. Su incorporación cambió definitivamente la comitiva festiva, muy menguada desde la desaparición, unos decenios antes, de los dos dragones y la mulassa.

Desde su aparición ha habido 34 cabezudos, agrupados en seis comparsas distintas. Los materiales utilizados para su construcción hacen que sean extremadamente vulnerables, que se deterioren con rapidez y que deban ser sustituidos en poco tiempo.

Los gigantes

El primer gigante conocido lo trajo por piezas desde Barcelona en el año 1513 el jurado Miquel Domingo. Sólo cinco años después, el pintor Antoni Pascual recibió el encargo de hacer un nuevo gigante reutilizando del anterior todo lo que fuera útil. El contrato estipuló que el cuerpo tenía que ser de corcho y los brazos y las manos, obrados con cuero hervido. Los materiales empleados, por su calidad de efímeros, explican la modificación constante de estas primeras figuras.

La primera referencia documentada de la giganta es de 1535, la más antigua de Catalunya. No está claro, sin embargo, si esta primera giganta fue una figura corpórea o algún tipo de disfraz, ni sabemos con certeza que se tratase de un objeto hasta el año 1593, cuando el carpintero Esteve Bosch obró una nueva figura. Lo que sí conocemos es que, a diferencia del gigante, que sólo era llevado, la giganta bailaba, y durante casi tres décadas estuvo vinculada con el gremio de los tintoreros.

Uniformes e insignias municipales

El cortejo municipal era una exhibición pública que requería de una indumentaria perfectamente definida. El encargado de velar por esta formalidad en el vestir era el maestro de ceremonias, un cargo ocupado durante siglos exclusivamente por sastres. Sus tareas incluían también el control sobre el mantenimiento de la imaginería festiva y la dirección protocolaria de toda la comitiva.

Aunque con el paso de los siglos se perdió la pomposidad del pasado, hasta la disolución del cortejo, bien entrado el siglo XX, las autoridades nunca abandonaron el uso de algún distintivo que denotara su rango y las distinguiera del pueblo raso.

Ámbito 3

La música

La música es parte intrínseca del cortejo municipal. En todo tipo de celebraciones, varias coblas de ministriles acompañaban el consistorio, y al atardecer ofrecían bailes públicos en las plazas de la ciudad. En épocas más recientes, el acompañamiento musical recaía casi siempre en la banda militar del regimiento de infantería destinado a la ciudad.

Dentro del cortejo hay también los músicos que tocan para la imaginería. Los gigantes bailaron al son del flabiol y el tamboril durante casi cinco siglos. Al acabar la Guerra Civil se impuso el acordeón, una rareza que acabó siendo una singularidad de la comparsa gerundense, y después la gralla. El águila, en su momento de esplendor, bailaba acompañada de música de cuerda.

Ámbito 4

Estorbando a la autoridad

Desde el inicio la imaginería festiva fue objeto de la hostilidad de los representantes del orden. Para las autoridades religiosas era una molestia que distraía al pueblo de lo que realmente era trascendente. La intelectualidad siempre la ha visto como una ridiculez, una antigualla que no se correspondía con los tiempos modernos y el progreso. Y el poder civil, más laxo en cuestiones de moralidad, no ha dudado en arriñonarla, sobre todo en momentos de estrecheces económicas.

Su persistencia, eludiendo prohibiciones de todo tipo, sólo es explicable por el favor franco de las clases populares.

Prohibiciones eclesiásticas

El poder evocador de la imaginería festiva dificultaba la asimilación del simbolismo que le quería atribuir la Iglesia. A medida que su revestimiento evangelizador se diluía, la imaginería se convertía en un conjunto de figuras que se prestaban a demasiadas interpretaciones, se volvían una distorsión y un elemento profanador que era necesario retirar.

Censura real

La prohibición más contundente que recibió la imaginería festiva fue a raíz de una Real Cédula de Carlos III del año 1780: “se manda que en ninguna Iglesia de estos Reinos; sea Catedral, Parroquial, o Regular haya en adelante Danzas, ni Gigantes, sino que cese del todo esta práctica en las Procesiones, y demás funciones Eclesiásticas, como poco conveniente a la gravedad y decoro que en ellas se requiere”. No se conoce si los gigantes y el resto del bestiario fueron retirados. Lo cierto es que a partir de la publicación de la Real Cédula, desaparecieron de la llamada de Corpus, y no reaparecieron en la documentación hasta el primer decenio del siglo XIX.

Entorpecimientos municipales

La imaginería festiva siempre ha contado con el beneplácito del gobierno municipal. Una condescendencia que ha permitido complacer a la ciudadanía y al mismo tiempo asegurarse su acompañamiento en los actos públicos. Sólo ha sido censurada por el consistorio en momentos de máxima radicalidad política. En tiempos de la República el consistorio se resistió al hecho de que la imaginería festiva apareciese en ningún acto de aspecto religioso, y era utilizada en los festivales infantiles de Fires de Sant Narcís. En cambio, durante los primeros decenios de la Dictadura, se restringieron sus apariciones a Corpus.

El Ayuntamiento se negaba a sacar los gigantes por razones estrictamente económicas. Así, en 1870, el consistorio acordó suprimir los gigantes alegando falta de fondos, aunque unas semanas más tarde, debido al disgusto de la población, se vieron obligados a rectificar. Es la primera vez acreditada que la voluntad popular posibilitó la presencia de los gigantes en la calle.

Ámbito 5

Ciudad e imaginería

Una aproximación a la evolución de la imaginería festiva a lo largo de cinco siglos se convierte inevitablemente en un recorrido por la historia local. Los conflictos bélicos, las riadas que a menudo han castigado Girona o algunos hechos aparentemente intrascendentes son vicisitudes compartidas que modelan el porvenir tanto de la ciudad como de su imaginería.

La recuperación demográfica de inicios del siglo XVI

En el último tercio del siglo XV Girona fue el escenario del fin de la Guerra Civil catalana. Buena parte de la ciudad quedó destruida y sufrió una alarmante disminución demográfica. La recuperación, no obstante, fue espectacular, y pronto se instalaron en Girona más de dos mil forasteros, mayoritariamente de Barcelona y Perpiñán. Se reconstruyeron viviendas y se edificaron más de un centenar de casas nuevas.

Esta reactivación demográfica coincidió con la aparición, de golpe, de un gigante, un dragón y un águila. No sería de extrañar que esta nueva imaginería festiva hubiera sido una aportación de los forasteros, con la intención de reproducir un modelo festivo de éxito en sus poblaciones de origen.

La riada de 1843

La noche del 18 de septiembre de 1843, Girona sufrió una de las riadas más catastróficas de su historia. El desbordamiento del Galligants provocó más de un centenar de muertos y devastó el barrio de Sant Pere. Entre las pérdidas de aquella catástrofe debemos incluir la figura del león del barrio, que se almacenaba en la iglesia de Sant Pere de Galligants, una imagen conocida popularmente como el Monoy de Sant Pere, propiedad del gremio de los curtidores y documentado desde el siglo XVII.

Este león atestiguaba la existencia de otros elementos de imaginería festiva que no eran propiedad del común. Eran figuras que han dejado un rastro documental escasísimo. Además del león de los curtidores, había caballitos, en algunas ocasiones conducidos por el gremio de los sastres y en otros por el de los albadiners, lo que da a entender la coexistencia de más de una comparsa.

El derrumbamiento de la capilla de Sant Miquel

La capilla de Sant Miquel, situada en el interior de las Casas Consistoriales y edificada en el siglo XVI, se mantuvo en pleno funcionamiento durante más de tres siglos. Durante los años de ocupación francesa fue utilizada para alojar un regimiento de soldados. Con la marcha de los franceses, a pesar de los intentos de recuperarla para el culto, sufrió un proceso de desmantelamiento progresivo. Se usó como almacén, y finalmente, en 1859 se hundió. La principal damnificada fue la imaginería festiva de la ciudad. Los populares dragones y la mulassa, que habían sobrevivido a las prohibiciones de obispos y reyes, desaparecieron aplastados bajo los escombros de la capilla municipal. El año siguiente se acabó de demoler el resto de la capilla para ampliar el nuevo Teatre de la Reina, el actual Teatre Municipal.

La escasez del erario municipal

Pese a un cierto estancamiento de la ciudad, a finales del siglo XIX el consistorio gerundense se propuso la adquisición de una nueva pareja de gigantes. Debían ser construidos en El Arte Cristiano de Olot y fueron presupuestados en 1.250 pesetas. Las condiciones señalaban que la empresa debía presentar como garantía de la calidad final de los gigantes dos bustos de yeso y distintos diseños de vestuario. Al final, el proyecto no se llevó adelante debido a la penuria de las arcas municipales. Una decisión que privó la ciudad de disponer de unos gigantes parecidos a los magníficos gigantes de Olot.

Las posguerras

El fin de conflictos bélicos era a menudo un momento propicio para la recuperación de imaginería arrinconada durante décadas en los depósitos municipales con tal de crear sensación de normalidad. Durante los años en que Girona permaneció bajo la administración francesa, reapareció, después de tres décadas, toda la imaginería de la ciudad. Se hicieron gestiones para sustituir el vestuario de los gigantes, deteriorado a causa de los bombardeos, se remendaron los antiguos dragones y la mulassa, y se recompuso el águila. Incluso se añadió al cortejo el león del barrio de Sant Pere.

Mucho más tarde, al final de la Guerra Civil española, se recuperaron y se arreglaron de nuevo todas las figuras disponibles: los gigantes, el águila, los cabezudos adquiridos en el año 1925, y también una antigua comparsa de cinco cabezudos que había sido retirada hacía más de quince años.

Ámbito 6

Los gigantes de Fires de Sant Narcís

La anulación de la procesión de Corpus y el desmantelamiento del cortejo consistorial llevó la imaginería festiva al límite de la desaparición. Con la llegada de la democracia, se inició un proceso de reubicación. Durante unos años siguió saliendo por Corpus, en un pasacalle desvinculada de los actos religiosos; también aparecía para inaugurar la Fira de Mostres de Fires de Sant Narcís o era usada en algún acontecimiento puntual como la celebración de la primera Diada, el carnaval o la exposición de flores.

Durante las dos últimas décadas del siglo XX, los elementos de la comparsa tradicional se perdieron progresivamente: en 1980 desapareció el águila; tres años más tarde, los cabezudos; y finalmente, en 1985, los antiguos gigantes fueron sustituidos por una nueva pareja, unos gigantes que años más tarde serían bautizados con el nombre de Carlemany y Anna Gironella.

La última etapa

Con el Encuentro de Gigantes, organizado durante casi una década por los Amics dels Gegants de Matadepera, se evitó que los gigantes cayeran en desuso. Fueron una novedad dentro de la programación de Fires de Sant Narcís, aparecida a remolque de la gran concentración que reunió a más de 400 gigantes en Matadepera en agosto de 1982.

La reactivación de la imaginería se produjo en el año 1993, con la aparición de la Associació dels Amics dels Gegants de Girona, liderada por los hermanos Raimon y M. Carme Ribes Mora. Bajo su empuje, aquel mismo año se realizaron unas réplicas de los gigantes antiguos, se recuperaron los cabezudos de la ciudad y se estrenaron los gigantes de Xavier Cugat y de la Musa, propiedad de la asociación. Finalmente, la imaginería festiva se ha acabado convirtiendo en uno de los elementos indisociables de las Fires de Sant Narcís, de la mano de una nueva entidad: la Fal·lera Gironina.